



Comentario bibliográfico

Aldo Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los 60 a la caída del muro* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2019).

Carlos Ignacio Custer

Instituto de Historia Argentina y América “Dr. Emilio Ravignani” / CONICET / Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas

carlosignaciocuster@hotmail.com

Fecha de recepción: 15/12/2021

Fecha de aprobación: 14/01/2022

La reflexión sobre los movimientos armados ha sido uno de los tópicos más fecundos del campo de estudios usualmente conocido como historia reciente, no solo en Argentina, sino también en numerosos países de América Latina. De hecho, la extensión del fenómeno a nivel continental durante las décadas del sesenta y setenta —pero que se ha prolongado hasta los años noventa del siglo pasado en El Salvador y Guatemala, y hasta la actualidad en Colombia— ha dado lugar a una plétora de estudios centrados en organizaciones particulares o que han tomado como objeto de análisis un caso nacional. No muchos han sido, en cambio, los trabajos que rompieron las fronteras territoriales para indagar un proceso que, si bien tuvo indudables raíces en los escenarios nacionales, por sus inspiraciones y alcances, impactó a todo el continente. *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los 60 a la caída del muro* de Aldo Marchesi, precisamente, se inserta dentro de esta perspectiva, que viene siendo desarrollada por

diversos investigadores, como Ariel Harmony, Piero Gleijeses, Claudia Gilman, Tanya Harmer, Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán¹, adoptando un enfoque centrado en tres niveles diferentes: lo transnacional, lo regional y lo local. El libro está basado en la tesis doctoral del autor, defendida en 2012 ante la Universidad de Nueva York y cuya primera versión fue publicada previamente por Cambridge University Press bajo el título *Latin America's Radical Left Rebellion and Cold War in the Global 1960s*, en el año 2017. El autor ha venido desarrollando una intensa labor de investigación versada en los procesos de violencia política y autoritarismo y las relaciones entre historia y memoria en la historia reciente del Uruguay y el Cono Sur.

En su obra, el profesor uruguayo busca analizar el surgimiento, desarrollo y declive de una red de organizaciones armadas conosureñas que tuvo su apogeo en 1973 con el impulso de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), conformada por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno, el Movimiento Nacional de Liberación Nacional – Tupamaros (MLN-T) uruguayo, el Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) argentino y a la que luego se sumó el Ejército de Liberación Nacional (ELN) boliviano. Abonando en la perspectiva de los estudios sobre la “nueva izquierda”, como los desarrollados por Eric Zolov, Vania Markarian, Victoria Langland y que, en suelo argentino, tuvo como principal cultora a María Cristina Tortti², apela a dicha noción para dar cuenta de la impronta fuertemente juvenil y de revisión crítica del socialismo “real” que caracterizó a dichas experiencias, aunque reconociendo un carácter menos antagónico a la oposición entre lo “tradicional” y lo “nuevo” en el seno de la izquierda, en virtud de ciertas características compartidas en relación al proyecto de transformación socialista de la sociedad y a la existencia de un código de conducta interno fuerte-

1 Ariel Harmony, *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1999); Piero Gleijeses, *Conflicting Missions, Havana, Washington and Africa, 1959-1976* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2002); Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003); Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2011); Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán, eds. *Revolutionary Violence and the New Left: Transnational Perspectives* (Nueva York: Routledge, 2017).

2 María Cristina Tortti, “Protesta social y ‘Nueva Izquierda’ en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, ed. Alfredo Pucciarelli (Buenos Aires: EUDEBA, 1999); Eric Zolov, “Expanding our Conceptual Horizons. The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, *A Contracorriente* 5, no. 2 (2008): 47-73; Vania Markarian, *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2012); Victoria Langland, *Speaking of Flowers. Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil* (Durham: Duke University Press, 2013).

mente jerárquico. Si bien el autor no desconoce la preminencia otorgada a la estrategia de lucha armada pregonada por las organizaciones que estudia, en base a esa matriz de pensamiento común, que tuvo en el latinoamericanismo otra de sus líneas fundantes, opta por situarlas dentro de ese “movimiento de movimientos” que fue la “nueva izquierda”. Precisamente, la proyección regional que plasmó la JCR a nivel conosureño cristalizó, en alguna medida, la emergencia de una cultura revolucionaria trasnacional que su estudio busca indagar.

La focalización en lo trasnacional, entonces, se convierte en el principal atractivo de un trabajo que para llevarse a cabo se ancló en el nivel sub-continental, espacio que para ser abordado con cierto detenimiento demandó una labor por demás extensa. Ello se refleja en el manejo de una vasta bibliografía a nivel latinoamericano, así como de fuentes locales, tanto archivísticas (documentos de las organizaciones e informes de agencias de seguridad) como de entrevistas realizadas a ex-militantes. Obviamente, el autor no plantea realizar una reconstrucción pormenorizada de cada una de las estructuras que formaron parte de la JCR, algo que sería tan vasto como estéril, dada la preexistencia de numerosos estudios de caso, de los cuales se sirve con notable erudición. Más bien, busca escrudiñar y poner en evidencia los puntos de contacto que dieron forma a esa cultura revolucionaria trasnacional, ya sea a través de la circulación de ideas favorecida por numerosas publicaciones (como las uruguayas *Marcha* y *Época*, la chilena *Punto Final* y las argentinas *Che*, *Pasado y Presente* y *Cristianismo y Revolución*), como también por medio de la trayectoria de los “militantes viajeros” que fungieron como nexo entre las diferentes organizaciones y la reconstrucción de la experiencias de exilio que facilitaron la comunicación entre los distintos grupos nacionales, focalizando en los diversos hitos que signaron la política revolucionaria conosureña entre mediados de los sesenta y los setenta.

La intercomunicación militante es progresivamente analizada a través de esos hitos que, en gran medida, operan como los elementos que estructuran el contenido del libro. Es así que el primer capítulo del texto está destinado a evidenciar la tensión existente entre la línea cubana, que buscaba promover procesos revolucionarios por medio de guerrillas rurales, y los anhelos de los militantes conosureños, que pretendían impulsar la lucha armada en unos países cuya composición social y demográfica era considerablemente diferente al resto de América Latina. De esa oposición va a surgir el accionar guerrillero de los tupamaros uruguayos que, convertido en

un “repertorio de disenso para países urbanizados”, se asentó en una Montevideo devenida en un espacio de conspiración nutrido de exilados brasileños y argentinos que escapaban de los golpes de estado militares acontecidos en sus respectivos países. El segundo hito se centra en la incursión de Ernesto Guevara en suelo boliviano, cuya proyección continental se planteó durante la primera conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), celebrada en Cuba en 1967. Pese al rotundo fracaso, la experiencia sirvió para consolidar pequeños grupos que adoptaron la muerte del “guerrillero heroico” como un baluarte de lucha y que estuvieron en el origen de las organizaciones que pasaron a convertirse, pocos años después, en las principales representantes de la lucha armada produciendo un cambio del centro de gravedad de la escalada revolucionaria continental hacia el Cono Sur: el MLN-T, el MIR, el ELN y el PRT-ERP. El tercero aborda la etapa del gobierno de Salvador Allende en Chile, asunción que pareció avizorar la posibilidad de un tránsito pacífico hacia el socialismo. El país trasandino se convirtió, en ese momento, en un refugio seguro para intelectuales y militantes conosureños que se vieron atraídos por la experiencia de la Unidad Popular y encontraron una “retaguardia” segura para sus actividades. Ese sería el escenario donde el MIR y el MLN-T estrecharon sus lazos y, a fines de 1972, junto al PRT-ERP avizoraron la conformación de la JCR como un intento de regionalizar sus esfuerzos revolucionarios ante el avance dictatorial en el Cono Sur. Dicha iniciativa, que se va a plasmar al año siguiente y ya en territorio argentino durante los gobiernos peronistas, es el cuarto hito analizado por el autor. Ante el recrudecimiento represivo y el creciente vacío de poder sufrido por el gobierno de María Estela Martínez de Perón, el PRT-ERP, convertido en la organización hegemónica y principal sostén de la JCR, va a emprender “la batalla definitiva” contra el imperialismo sucumbiendo, de modo categórico, luego del golpe de estado de marzo de 1976. Entre 1977 y 1978, la JCR va terminar esfumándose, entre los embates represivos, la diáspora en el exilio de los sobrevivientes, las divergencias suscitadas entre las organizaciones y el fraccionamiento interno que empezó a repercutir en el seno de estas.

En el último capítulo, el autor realiza un ejercicio comparativo para comprender el devenir de las organizaciones armadas en escenarios fuertemente modificados por las transiciones democráticas acontecidas, a partir de las décadas del ochenta y noventa, en cada uno de los países. Lejos de abonar los análisis que plantean una transformación ideológica radical e inmediata, el autor

busca explicar cómo los militantes se adaptaron a esos nuevos contextos buscando conservar elementos constitutivos de su tradición e identidad revolucionarias. La hipótesis explicativa de la exitosa integración de los tupamaros a la vida pública uruguaya, en notoria disonancia con los casos del PRT-ERP en Argentina y el MIR en Chile, reside en la política amplia de amnistía y retorno recibida por los ex-guerrilleros que, al haber ofrecido mayores posibilidades de actuar bajo las nuevas condiciones democráticas, relegó a una posición de franca minoría a los “militaristas”.

Uno de los aspectos cautivantes del encuadre trasnacional propuesto por Marchesi es que inserta su análisis en el marco de la que ha sido reconocida como la fase tardía de la guerra fría en América Latina, tomando como un punto de inflexión la Revolución cubana, aunque sin soslayar el impacto que también tuvo en la legitimación de las opciones armadas de cambio el derrocamiento por la fuerza y con el apoyo abierto de los Estados Unidos del presidente Jacobo Arbenz en Guatemala. Ambos acontecimientos son considerados por el autor como señeros en la dialéctica de revolución y contrarrevolución que marcaría la dinámica continental³. En relación con ello, otro de los méritos importantes de la obra es la manera en que aborda la interrelación entre la dirección política cubana y los movimientos armados del Cono Sur, condicionada tanto por los intereses geopolíticos de la isla como por los anhelos revolucionarios de los diversos grupos, ofreciendo un panorama complejo y cambiante, lejos de ciertas visiones pétreas y simplificadas que abundan en obras de escaso valor interpretativo. Justamente, la puesta en valor de la temporalidad en el análisis, indagando las lecturas y las diversas opciones que fueron ensayando los militantes a la luz de los acontecimientos que se fueron produciendo en suelo conosureño es la faceta más lograda del libro. Sin lugar a dudas, esto nos convoca a hacer lo propio en las investigaciones sobre el pasado reciente en la Argentina que toman como foco de análisis las trayectorias seguidas por las organizaciones armadas revolucionarias, cuyo acervo demanda una profundización en diversas problemáticas, como las prácticas específicamente militares desplegadas o los vínculos forjados con otros sectores militantes no armados, por citar solo algunas, y una especial atención a las diversas configuraciones ensayadas por cada una de ellas a lo largo de su existencia.

3 Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre. Latin America in the Cold War* (Chicago: University of Chicago Press, 2004); Gianni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra fría en América Latina* (México: El Colegio de México, 2018).

A modo de crítica, podemos señalar la escasa operacionalización de uno de los conceptos que se presenta como nodal de la obra: la cultura política trasnacional. Los componentes de esa cultura regional conosureña no dejan de estar constituidos por los inherentes a la más englobante “nueva izquierda”. El autor, en el afán de otorgarle un factor cultural distintivo a las organizaciones que analiza, termina rotulando artificiosamente un segmento particular de ese movimiento más amplio, sin poder brindar una argumentación acabada, ni una caracterización específica que justifique tal decisión, más allá de la conformación de la JCR, en 1973. De hecho, cabría preguntarse qué elementos serían peculiares de esa cultura en relación con otras organizaciones contemporáneas como, por ejemplo, Montoneros, que no formaron parte de esa instancia coordinadora, o si pese a no haber integrado dicha estructura, compartirían con las integrantes de la JCR similares rasgos distintivos. La exclusión del caso montonero se echa particularmente en falta en el último capítulo, donde el autor traza algunas generalizaciones sobre la adaptación de los movimientos armados al nuevo contexto democrático, aunque busca subsanarla por medio de algunas certeras pero escuetas referencias a la organización en cuestión. Otra ausencia, producto también del recorte propuesto por el investigador, remite al escaso tratamiento recibido por la fase de “nacionalización” de las guerrillas que supuso relegar, al menos, para una etapa ulterior la dimensión continental sustentada por Guevara y que se evidenció en la proliferación y crecimiento de una miríada de organizaciones armadas revolucionarias en los diversos países conosureños⁴. Al interesarse por el estrechamiento de vínculos entre los grupos armados, no resulta llamativo que el período 1968-1970 no sea abordado por ninguno de los hitos tratados a lo largo de la obra y que el conceniente al período 1970-1973 se centre, principalmente, en las implicancias de la experiencia del gobierno democrático encabezado por Allende en Chile.

Estas puntualizaciones, menores, hay que reconocer, no menoscaban lo valioso del aporte que representa *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los 60 a la caída del muro*. Poniendo de relieve las conexiones que entablaron militantes de diversos países del Cono Sur, Aldo Marchesi brinda por medio de su profunda investigación un renovado aire al estudio de los movimientos armados, cuyo interés académico incita continuamente a ser revisitado y que evidencia, gracias a obras del talante de la reseñada, una manifiesta vitalidad.

4 Gustavo Rodríguez Ostría, *Sin tiempo para las palabras. Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia* (Cochabamba: Kipus, 2006).